

# Amenaza, Guerra y Conflicto

General de Brigada José M. Sánchez de Toca y Catalá, Ejército de España

Tomado de la revista española *Ejército*, número 692, octubre de 1998.

**D**ESDE HACE diez años son muchos los artículos o conferencias que empiezan con la caída del muro. Y es que aquel 9 de noviembre de 1989 fue un punto de inflexión —un momento estelar, si ustedes quieren— en que varió el curso de la Historia. Muchas cosas cambiaron y desaparecieron arrastradas por el muro. Entre otras, el enemigo “potencial”, “didáctico” o “convencional”, que era un enemigo real, temible y declarado que se manifestaba como tal; un enemigo cinco por cinco alto y claro.

## Ya no hay Enemigo

Hay que dar muchas gracias a Dios por habernos quedado sin enemigo. Pero el caso es que un enemigo alto y claro, realmente temible y con malas intenciones, facilitaba las cosas a la hora de planear la defensa. Conocida la amenaza, prepararse contra ella era una exigencia de sentido común.

Pero al desaparecer el enemigo aparecieron problemas nuevos, porque hay cierta dificultad en entender la defensa si no hay enemigo. Y la verdad es que tal vez “no haya enemigo”, pero sigue habiendo riesgos y pudieran existir, y de hecho existen, amenazas.

## Amenaza

En la vida diaria, la amenaza es un concepto claro y autoexplicativo. Por ejemplo, la pistola que apunta en la mano de un atracador. En la realidad internacional, la amenaza puede ser la existencia de un misil programado para hacer detonar su carga de hidrógeno en una base a 15 kilómetros de la gran ciudad; o el alucinado que proclama la guerra santa contra Occidente.

Amenazar es “dar a entender con actos o palabras que se quiere hacer algún mal o otro”, dice la Academia. La amenaza supone en primer término, percibir intenciones que si llegaran a materializarse, entrañarían riesgos. El atracado siente que el atracador representa un peligro para su integridad e incluso para su vida.

A escala colectiva, definir las amenazas obliga a llamarlas por su nombre y eso es algo tan delicado que sólo podría men-

cionarse en documentos clasificados para evitar complicaciones. Pero como lo que es “Secreto” deja de existir para el común de los mortales, puede perderse lo único bueno que tenía la amenaza que, siendo en sí misma verdaderamente indeseable, procuraba no obstante cierto robustecimiento de la cohesión y de la identidad nacional, estimulaba el sentido de supervivencia del grupo y, en suma, la conciencia de defensa.

La amenaza tiene origen conocido e intenciones claras, y dicho sea de paso, la amenaza encierra siempre una buena dosis de chantaje: se ha discutido mucho si la disuasión en su estado químicamente puro —la Mutua Destrucción Asegurada (MAD)— fue eficaz o no. Pero parece fuera de discusión que lo que puso al Este contra las cuerdas fue la “Guerra de las Galaxias”, que convirtió la disuasión en chantaje al alterar los términos de MAD. Con la “Guerra de las Galaxias”, la destrucción estaba asegurada exclusivamente para ellos.

Las amenazas entrañan contingencia o proximidad de un daño, es decir, justamente lo que la Academia llama riesgo. A menos que la amenaza sea ficticia y el daño que se anuncia sea imaginario (que la pistola del atracador sea de juguete, por ejemplo), una amenaza siempre conlleva riesgo. Incluso el “bluff” o el “farol” implican cierto grado de riesgo subjetivo para el amenazado, quien puede tomarlos como reales; implicación que es justamente lo que la Academia llama riesgo.

Toda amenaza es riesgo, pero no todos los riesgos, ni mucho menos, se deben a amenazas. El conjunto “amenaza” es más pequeño que el conjunto riesgos. Tal vez (sólo tal vez, porque esto habría que considerarlo detenidamente) las amenazas no sean más que un subconjunto del conjunto “riesgo”.

## Riesgos

El riesgo es generalmente impersonal, sin protagonista claro. Riesgo es conducir con copas o esquiar con nieve mojada, y riesgo es fumarse tres paquetes diarios. El riesgo se deriva de una situación —bebida, nieve mojada— o de una conducta —hábito de fumar— que ha configurado gradualmente una situación de riesgo.

A escala mundial, la introducción del concepto de riesgo permite despersonalizar aquellos orígenes de amenaza que en muchas ocasiones no sería político, conveniente u oportuno designar por su nombre. En otras ocasiones, los orígenes de riesgo son desconocidos, o poco o mal conocidos, tales como el narcotráfico o las migraciones incontroladas.

Sin embargo, la utilidad del concepto “riesgo” no se deriva únicamente de la posible hipocresía (tal vez necesaria) del lenguaje políticamente correcto. Realmente, el concepto de riesgo contempla muchas realidades que desde siempre han movido a los gobiernos a emplear sus fuerzas armadas en tareas que no encajan exactamente en los términos estrictos de su mandato constitucional: situaciones tales como incendios forestales, inundaciones catastróficas o terremotos.....

La lista de riesgos que contemplan los gobiernos de las naciones no siempre es la misma: la estado-unidense incluye el control de motines, algo muy justificado si se recuerda que el de Los Angeles desbordó las paridades de control de la Policía de la ciudad (que tiene efectivos y armamento superiores a una división reforzada) y obligaron a recurrir a la Guardia Nacional de California e incluso a una división ligera del Ejército regular. También incluye la lucha contra el narcotráfico y el crimen organizado. En Centroeuropa, las listas recogen el control de fronteras frente a flujos migratorios incontrolados.

En Italia, las brigadas del Ejército se relevan en Sicilia, donde sus soldados actúan en calidad de agentes de seguridad pública. Durante el terremoto de Calabria, el Gobierno puso la región bajo la autoridad de un teniente general, y el Ejército, entre otras misiones, acordó la zona para evitar saqueos.

La intervención, a todas luces heroica, de los pilotos de helicópteros del que todavía entonces se llamaba Ejército soviético, evitó que la catástrofe de Chernobyl fuera aún peor.

Los riesgos se derivan de situaciones que ya se han producido y repetido lo bastante como para mantener viva la conciencia de que aún podrían volver a ocurrir.

Los riesgos rara vez son nuevos. “*Nada hay nuevo bajo el sol*”, nos enseña el Eclesiastés. Las catástrofes están apuntadas y hay largos registros desde tiempos muy antiguos. Su frecuencia relativa es dolorosamente alta y además, según el informe de la agencia especializada de Naciones Unidas, crece casi exponencialmente.

Su frecuencia les hace objeto de conocimiento cuantitativo, lo que a su vez y en virtud de la ley de los grandes números, permite su tratamiento estadístico, algo que en los últimos doscientos años ha proporcionado saneadas ganancias a las compañías de seguros.

Y en materia de riesgos, mientras no se produzca un impacto de asteroide o se caiga al mar toda la California que está a poniente de la falla de San Andrés, el peor riesgo es sin duda el riesgo de guerra.

Afortunadamente, las guerras, en la época del fin de la del Vietnam, eran fenómenos relativamente vanos que no permitían identificar tendencias ni un proceso cíclico.



Fotos: Ejército

## Guerra y Conflicto

Definir es una tarea gustosa a la que se entrega con fruición cualquier grupo de trabajo, a menos que lo evite la prudencia de su presidente. De guerra y conflicto se ha escrito tanto y se ha discutido tanto que los resultados finales configuran una selva terminológica no exenta de verdaderos engendros. Por eso es siempre más fácil, y a menudo más útil, caracterizar (es decir, señalar unas cuantas notas o características del concepto, sin la pretensión de agotarlo) que definir.

El conflicto militar, para entendernos, se caracteriza por el enfrentamiento armado, teniendo en cuenta que “enfrentamiento” quiere decir fuerzas en presencia frente a frente, hayan abiertos o no hostilidades.

Otra característica del conflicto sería el efecto “condensador”, la acumulación frente a frente de fuerzas de signos opuestos.

En Cachemira existe conflicto armado porque unidades indias y pakistaníes andan patrullando aquellos riscos, tirándose unos a otros unas 400 veces al año y haciéndose bajas de vez en cuando.

Cuando se generalizan las hostilidades, crece el volumen de fuerzas en presencia y, sobre todo, el de bajas de combatientes, decimos que el conflicto ha escalado a guerra.

Naturalmente, el fenómeno “guerra” tiene otro montón de características (por ejemplo, jurídicas) que no es éste el momento de tratar. No se trata de definir guerra y conflicto, sino de sugerir un rasgo distintivo. Hace veinticinco años, el estudio *Correlates of War* establecía la linde en mil (1000) muertos en combate. Todo lo arbitrario y discutible que se quiera, pero útil para manejar y desbrozar el complejo “continuum” del fenómeno bélico.

Arrastradas por la caída del muro, cambiaron y desaparecieron muchas cosas, entre otras, el enemigo “potencial”, “didáctico” o “convencional”.



## Polemología e Investigación de Conflictos

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, el francés Gastón Bouthoul, creador de la Polemología, inició con ella el tratamiento estadístico del fenómeno guerra, algo que suponía un enfoque radicalmente nuevo de un tema viejísimo. Este enfoque se demostró fecundo y fue secundado por una serie de instituciones, entre ellas, la Organización de Naciones Unidas.

Aun sin llegar a ponerse de acuerdo sobre dónde está la barra que separa la guerra “de verdad” de otras formas sangrientas y violentas del conflicto armado, estas instituciones han trabajado la guerra como un riesgo más, con la misma objetividad numérica con que se estudian los huracanes, los terremotos o las erupciones volcánicas.

El tratamiento estadístico hace posible el estudio probabilístico. El estudio de las series de riesgos permite inducir con aproximación creciente, continuamente mejorada, la probabilidad general de los sucesos de riesgo. Las compañías de seguros saben que sus asegurados más jóvenes tendrán aproximadamente el doble de accidentes que el grupo de mayor edad.

En 1981, Wolf-Dieter Eberwein<sup>1</sup> concluyó un estudio que abordaba en primer lugar, la cuestión de cuál había sido la frecuencia de las confrontaciones militares en el siglo XX, qué regiones y con qué frecuencia habían sido escenario de amenaza o de empleo de fuerza militar, así como qué estados acudieron con mayor frecuencia a la violencia. A partir de este conocimiento se proponía averiguar si existía un “modelo” para estimar finalmente las probabilidades de guerra hasta fin de siglo.

Han pasado 22 años de los últimos datos (1976) recogidos por Eberwein, y 17 desde que publicó sus cálculos; un plazo

que permite opinar sobre la validez de los resultados.

La primera dificultad metodológica era saber qué guerras habría que incluir, ya que no todas las guerras son iguales. La Guerra de las Naranjas y la Segunda Guerra Mundial fueron muy distintas. De ahí que tomase para su estudio el umbral de *Correlates of War*: mil muertos en combate.

Eberwein consideró la hipótesis de que la guerra es la fase final de un proceso de escalada cuyos escalones serían las negociaciones conflictivas, la confrontación militar y la guerra. Afortunadamente, las guerras, en la época del fin de la de Vietnam, SALT I y II, eran fenómenos relativamente raros que no permitían identificar tendencias temporales, lineales o no lineales, ni un proceso cíclico.

Sin embargo, al investigador le resultaba claro que las guerras no son fenómenos casuales, sino la concurrencia de dos haces de factores: uno, la estructura general del sistema internacional; y otro; las condiciones específicas de cada situación concreta. Todas ellas contribuyen a que el conflicto se convierta en guerra.

## Conflictividad Media

Eberwein tabuló los datos correspondientes a los “conflictos grandes” (con intervención de una gran potencia), ocurridos entre 1816 y 1976, y los “pequeños” (sin gran potencia), acaecidos entre 1900 y 1976. Por conflicto hemos caracterizado más arriba, la confrontación militar, es decir, la existencia de fuerzas militares frente a frente, con amenaza o empleo de la fuerza.

En los 76 primeros años del siglo XX había o había habido en el mundo 158 estados, cuya duración media en cuanto a su independencia fue sólo de 36 años. Entre esos 158 estados se habían producido 634 conflictos militares con 1575 partici-

pantes iniciales que, a su vez, arrastraron a intervenir a 307 países más. Esto supuso unos ocho conflictos al año que involucraron de entrada a 20 estados y arrastraron posteriormente a otros cuatro más.

La frecuencia anual de conflictos se dobló a partir de 1949. De hecho, tomando como base los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, en la década 1966 – 1976 se había triplicado el número anual de conflictos y de participantes, y duplicado el de países intervinientes. Eberwein registró la tendencia a la extensión y al incremento de nivel de los conflictos.

La media de participación anual en conflicto fue de 0,277. Es decir, por término medio, cada Estado:

- Entró en conflicto cada cuatro años;
- Amenazó o atacó a otro un promedio de 0,103 (es decir, una vez cada 10 años);
- Y, a su vez, cada Estado fue objeto de amenaza o atacado cada 7,5 años. También aquí se detectaba al correr del tiempo, el incremento de agresividad.

## Los Estados más Conflictivos

Entre las enseñanzas puramente estadísticas se halló que no solamente había aumentado la conflictividad global, sino que ésta la causaba, sobre todo, una minoría. Cada vez menos estados intervenían con mayor frecuencia, mientras el resto mostraba una ligera tendencia a reprimir su belicosidad.

Las regiones más belicosas eran Asia y Oriente Medio; y las menos, las Américas. Teniendo en cuenta que en el escalafón de estados belicosos se llevan la palma Estados Unidos, Rusia, Inglaterra y China, se desprende que la América hispana —tal como ya había señalado Bouthoul muchos años antes— es la segunda zona más pacífica del globo, después de Oceanía.

En 1976, a la cabeza de los estados conflictivos, además de las grandes potencias citadas figuraban Israel (1°) e India (3°). En resumen, durante los primeros tres cuartos del siglo XX creció tanto el número de conflictos como el de estados involucrados en ellos, y esta tendencia se acusó a partir de 1945.

Una de las lecciones más interesantes del estudio de Eberwein era que existía clara correlación entre el número de naciones participantes y la escalada a guerra: Cuantas más naciones se involucraron en un conflicto, más frecuentemente degeneró éste en guerra.

## De la Estadística a la Probabilidad

A principios del siglo XX el matemático ruso Andrei A. Markov descubrió que determinados procesos casuales se podían describir matemáticamente si se establecía o suponía que dependían de otros procesos casuales. Así pues, el último paso del estudio que venimos citando consistía en estudiar de acuerdo con modelos matemáticos, la probabilidad de guerra y conflicto entre 1981 y el año 2000 (período que en aquel entonces todavía pertenecía al futuro).

Un primer modelo dio en primera aproximación que entre 1981 y el año 2000 eran de esperar seis guerras, dos o tres de ellas bilaterales y otras tantas multilaterales. Considerando esta predicción demasiado baja, Eberwein consideró otros dos modelos, uno a partir de la probabilidad de conflicto de las naciones más poderosas, y otro basado en la probabilidad media de conflictos.

Los resultados de los nuevos enfoques resultaron bastante coherentes: Entre 1981 y el 2000 se producirían de 260 a 310 conflictos militares, la mitad de ellos con intervención de alguno de los 10 estados más poderosos. El estudio de factores de poder estableció cuáles serían las diez primeras potencias durante el período: China, Estados Unidos, Rusia, India, Japón, Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, y Brasil, con Indonesia en puertas.

De esos 300 conflictos, unos diez escalarían a guerra. Teniendo en cuenta las intervenciones de terceros países, hasta fin de siglo podían esperarse de diez a quince conflictos al año, una guerra bilateral cada año y medio o dos, y una guerra multilateral cada dos años y medio o tres. En sus conclusiones Eberwein se mostraba alarmado por esta situación que estimaba de grave riesgo.

## La Realidad

Evidentemente, la realidad es el contraste de la teoría, y hoy estamos en condiciones de saber qué es lo que realmente ha venido pasando y cuál es el grado de aproximación de aquellas predicciones rigurosamente científicas. A falta de las series correspondientes a los 17 años transcurridos desde 1981, algunos datos aislados permiten afirmar que las previsiones de Eberwein han quedado ampliamente desbordadas por los hechos.

En efecto, de acuerdo con el Instituto de Investigación para las Causas de las Guerras de Hamburgo, en 1993 había 34 guerras en curso, y al año siguiente, 41. A la espera de datos más recientes, estas cifras suponen que, si en 1976 la frecuencia de guerras se había multiplicado por tres respecto a la primera preguerra mundial, en los últimos años del siglo se ha multiplicado por 30, en números redondos.

El tiempo ha demostrado que los cálculos más pesimistas de hace 17 años han resultado ser paradójicamente optimistas, porque la realidad ha sido —está siendo— unas veinte veces peor que el pésimo estimado. La frecuencia de los fenómenos “conflicto armado” y “guerra”, aunque discontinua e irregular, se ha revelado de un crecimiento realmente brutal.

Prescindiendo de aspectos cualitativos, la realidad es que en los últimos 17 años se han producido conflictos y guerras con frecuencia superior a la de algunos otros tipos de catástrofes, y lo que es peor, su frecuencia crece. En otras palabras: a escala global existe riesgo creciente de conflicto y de guerra. **MR**

## NOTA

1. Eberwein, von Wolf-Dieter, *Militarische Konfrontationen und Die Eskalation Zum Krieg: 1900-2000*.